

UN SOLO DE SAXOFÓN
(Farsa de buenos y malos)

Y como queréis que os hagan los hombres, así hacedles también vosotros.

SAN LUCAS, CAP. VI, 31.

Personajes

JACKIE

SEÑOR JINKS, funcionario federal

HOMBRE 1

HOMBRE 2

HOMBRE 3

HOMBRE 4

HOMBRE 5

SAM, hombre negro

SARGENTO O'HARA

LINDA

ACOMPAÑANTE de Linda (no habla)

"EL JEFE"

EL GUARDAESPALDAS (no habla)

Esta obra fue estrenada en 1965, en el Colegio Mayor Nuestra Señora de la Almudena, de Madrid, por el TEU de Peritos Industriales, bajo la dirección de Carlos P. de Muniain.

ACTO ÚNICO

(Por un lateral aparece JACKIE. Es un muchacho rubio, de ojos claros y pelo ensortijado. Al hombro lleva una cazadora. Va en mangas de camisa. Pasea por la embocadura del escenario con despreocupación, después de haber saludado a los espectadores con un ademán de su mano. Durante todo su discurso se moverá con ademanes graciosos y pesados, de niño grande.)

JACKIE.— ¡Hola, amigos!... *(Mira el reloj.)* A estas horas debía estar ya camino del trabajo; pero... ¡Malditos peros! La cosa anda mal en mi ciudad... Muy mal, os lo aseguro. *(Pausa.)* Mi ciudad es una ciudad moderna, con fábricas y garajes, con luminosos y farmacias que venden aspirinas y salchichas, con rascacielos y rascaleches, como dijo el poeta. Hay muchos anuncios. ¡Miles! Muchos obreros parados, muchas latas de conservas... vacías, muchos periódicos viejos y arrugados..., muchas señoras y muchos caballeros... En fin, en mi ciudad hay todo lo que suele haber en una ciudad moderna.

(Mientras iba hablando se ha alzado el telón muy lentamente. Se ha descubierto la escena, pero no empezará a iluminarse hasta que JACKIE vaya avanzando en su perorata. La luz irá subiendo, hasta descubrirnos un ambiente alucinante.)

(Enmarca la zona central del escenario un complejo de fantásticos y abrumadores rascacielos, que se recortan en la lejanía como amenazadores demonios de hierro, dispuestos a comérselo todo. Una sinfonía de anuncios luminosos, ilegibles, intermitentes, de mil colores horribles, nos da la impresión de habernos metido en un nido, de grillos borrachos que cantan y cantan sin cesar, pateándonos las tripas con la silenciosa y desesperante brillantez de sus luces.

El centro del escenario, el ombligo de lo que va a ocurrir dentro de unos momentos, es una esquemática Oficina de Colocaciones. Está situada sobre un practicable no muy alto. El marco de una puerta, una mesa, un sillón, un banco corrido, un teléfono y unos armarios atestados de papeles componen el mobiliario. Del techo cuelga un letrero en inglés que dice: «Oficina Federal de Colocaciones. Agencia núm. 17.501.» Letras muy grandes. Debajo, en caracteres más pequeños, la traducción del texto al español, al italiano, al francés y al chino. Amanece.)

JACKIE.— Ahora estamos atravesando un mal momento... Corren los años de la Ley Seca... y cuando hay sed, ya se sabe... Las cosas andan mal en el país... Es un país que se parece a Norteamérica en que todos hablamos el inglés muy mal, y acaso en otras cosas... El paro en mi ciudad obedece a que hay exceso de producción de automóviles, de «trusts», de terneras, de «dumpings», de remolacha, de sociedades colectivas, limitadas y anónimas. La Ley Seca obedece a que nuestros gobernantes han decidido hacer de nuestro país una nueva Esparta. Lo que me temo es que no lo consigan... Y no es por falta de voluntad, sino porque ellos, los que nos mandan, tampoco son precisamente espartanos. Lo importante es que son buena gente, y que si hemos llegado a estos extremos, la culpa no es nuestra ni de nadie; es, sencillamente, como dicen los puritanos, de que somos malos y merecemos un castigo. Ya sabéis las teorías del rayo justiciero, ¿no? (*Transición.*) Sí, seguramente es eso. El mismo caso de Grecia. Aunque a lo mejor los griegos lo hicieron sin pensar... Siempre lo decía mi padre: «Hijo; lo que sale mejor es lo que

se hace sin pensar.» Pero a mi madre la aplastó una grúa un día que estaba recogiendo carbón en el puerto, desde entonces vivo solo. Muy cerca de aquí, en una calle fría que se llama un número. Había conseguido un buen trabajo y hasta me había podido comprar algunos libros... *(Sonríe.)* Pero llegó la quiebra, y ahora vengo todas las mañanas a la Oficina de Colocaciones a ver si cae algo. *(Mira un reloj sucio que cuelga del techo, sujeto por una soga deshilachada.)* No tardarán mucho en abrir. Van a ser ya las siete. La ciudad, mi ciudad, está empezando a despertarse. Tengo fe. Dicen que en esta tierra de promisión hay que tener fe. Y hasta ahora... es lo único que puedo tener. ¡Quién sabe si hoy, precisamente hoy, será mi gran día!... Dicen que cuando sueña uno con toros, el dinero viene a manos llenas... Anoche, en un banco, cerca del Matadero..., soñé con toros... Bueno, no sé si soñé realmente... Cuando me desperté estaban descargando las vacas. Debe ser un presagio... Puede que sea hoy mi gran día. *(De nuevo mira el reloj que hay colgado.)* Ya van a dar las siete. *(Empiezan a oírse las siete campanadas del reloj. Como fondo del tintineo del reloj se alza un rumor de sirenas de barcos, «claxons» de automóviles, martilleo metálico de fábricas.)* Es el bendito ruido del trabajo... Si hubiera trabajo para todos nosotros... Sí, puede que sea hoy...

(JACKIE se acerca al grupo de hombres que se ha formado a la puerta de la oficina mientras él hablaba. Son, en total, cinco hombres blancos, que se frotan las manos, ateridos de frío. Alguno de ellos se ha acurrucado en los escalones que llevan a la Oficina. También ha entrado un negro, que lleva un saxofón colgado al hombro. JACKIE saluda con un gesto vago, mientras gruñe un «¡Hola!» Los demás le responden simplemente con un gesto. Un silencio. JACKIE se estremece de frío y se embute la cazadora, que llevaba al hombro.)

UNO.— Ya están trabajando en el puerto..., en las fábricas... Pero este tío no llega...

OTRO.— No hay trabajo...

UNO.— ¿No oyes el ruido?...

OTRO.— Tíos de suerte. ¡Hombres felices, hermanos!

UNO.— (*Entre dientes.*) Vendrá con la lengua fuera, tosiendo, como todos los días... (*Imitando al funcionario.*) ¡Hale! ¡A casita! ¡No hay nada! Se os avisará con un ramo de flores y una felicitación del Gobernador... ¡Maldita sea! (*A JACKIE.*) ¿Has ido a ver a tu muchacha? (*JACKIE niega.*) Ya no viene a verte por aquí... Ten cuidado, chaval... La chica está muy bien, y si no la haces caso se irá por ahí con alguno de los que tienen empleo... El dinero es una golosina cuando hay hambre... Y la chica también está apetitosa... (*Ha mirado a los demás, que sonríen y hacen comentarios ininteligibles. Uno se pasea y llega hasta donde está JACKIE; le pone una mano en el hombro.*) Antes venía todas las mañanas a verte. Ahora hace mucho que...

JACKIE.— Déjame en paz...

(Por un lateral, camino de la Oficina de Colocaciones, aparece, andando muy de prisa, tosiendo y carraspeando, el funcionario federal señor JINKS. En la mano trae un periódico, escrito, naturalmente, en un dudoso inglés.)

JINKS.— (*Sin dejar de carraspear y salpicando su perorata con frecuentes y agotadores accesos de tos.*) Buenos días, chicos, buenos días... (*Sin fijarse mucho en el grupo.*) ¡Vaya, los de siempre! ¿No os queréis convencer de una vez? (*Buscando la llave por sus bolsillos.*) Os lo tengo dicho desde hace dos meses. No es necesario venir, muchachos. Basta con rellenar la ficha de paro. Lo demás es cuenta de la Administración. La Oficina archiva la ficha por orden, claro. Y por riguroso turno de antigüedad se os irá llamando a medida que haya trabajo... Si Dios quiere que algún día le haya... (*Gesto de los hombres. Él sigue buscando sus llaves.*) A todos os llegará vuestra hora, a todos... ¡Qué más quisiera yo! Que todos tuvierais vuestro empleo... Al menos, podría dedicarme a los pronósticos de los caballos con fruto. Cada día acierto menos. Me gustaría que el mundo estuviera lleno de carreras y de señoritas galantes... Pero el mundo está muy mal hecho, hijos míos. ¡Y hay que aguantarse! ¡También yo me aguanto! Debéis comprenderlo. No soy más que el pobre señor Jinks, el funcionario encargado de esta Oficina de Colocaciones, el que llena vuestras fichas de parados... Pero si os dijera lo que

gano... ¡Ni para una lata de carne me llega! No seáis tontos... Hay pocos centavos, hay pocas latas de carne, hay poco de todo... No gastéis energías. Marchaos a casita y ya se os avisará por riguroso turno... En el puerto no piden estibadores... En las fábricas no quedan más que los directores y sus primos... Y en una oficina no podéis trabajar... ¡A ver! ¿Quién sabe escribir a máquina? (*Silencio.*) ¡Lo veis? No hay nada. ¡Hale, marchaos! ¡No gastéis energías! (*Ha encontrado una invisible llave en algún rincón de sus bolsillos, y mientras hace ademán de abrir, gruñe:*) ¡Dejadme en paz de una vez! ¡Marchaos a casita! ¡O al infierno! (*Entra en la Oficina.*) Pero ¿no me habéis oído? ¿No hablo bastante claro? ¡He dicho que os larguéis!

UNO.— Necesitamos trabajo.

JINKS.— ¡Toma, los del distrito Quince, y los del Veintidós! Pero yo no puedo hacer nada. Debéis convencerlos... Como los otros. Antes venían por millares. Ahora prefieren quedarse en casa. Por lo menos, algo ahorran... ¡Energías! No se deben perder, hijitos. Las energías son un don divino que hay que escatimar. ¡Unas energías de buey y una buena Kodak! ¡Eso es lo que necesitan todos los hombres! ¡Hale, largo de aquí! (*Los hombres, sin hacerle el menor caso, van a sentarse junto a la pared. El negro hace ademán de ir a sentarse; pero, ante el mudo impedimento de los demás, que le miran amenazadores, decide alejarse del grupo y se sienta en el suelo. El señor JINKS se sienta, desdobra el periódico, saca un lapicero y empieza a hacer sus pronósticos.*) Está bien. Esperad sentaditos hasta que el mundo entero esté lleno de caballos de carreras y de señoritas galantes que vengan a sentarse en vuestras rodillas. Esperad hasta que vengan llorando los empresarios a pedir obreros. (*Vuelve a sus anotaciones. Elevando el lapicero con aire admonitorio.*) ¡Mucho cuidadito! ¡No olvidéis que estáis en una Oficina federal! ¡Nada de partidas ni de broncas! ¡Respetad el recinto! En bien de todos. Es de la nación y, por tanto, vuestro. ¡Todo lo que hay en el país es de todos! No quiero jaleos. El Sargento del distrito está al llegar... ¿De acuerdo? (*Los otros le miran impertérritos. El señor JINKS se enfrasca definitivamente en los pronósticos de las carreras.*)

(Un silencio. Sólo se oye el lejano rumor de la afortunada parte de la ciudad que trabaja. El negro descuelga el

saxofón y empieza a tocar una melodía triste, que recuerda a África y los barcos negreros.)

UNO.— ¡Cállate, Sam! ¡Nos molesta esa música! ¡Estamos hartos de oírte tocar siempre lo mismo!

OTRO.— Es de lo único que estamos hartos...

UNO.— ¡Y de otras cosas!

OTRO.— Bueno, y de otras cosas... Pero se arreglarán. Lo ha dicho el senador Potterfield.

ALGUNOS.— Menos mal... *(Murmullo de alivio.)*

(El NEGRO no ha hecho caso y sigue tocando.)

UNO.— ¡Como no te calles, te lincharemos, Sam!

JINKS.— ¡Cuidadito! ¡La ley federal prohíbe los linchamientos!

UNO.— *(Levantándose, amenazador.)* ¡Escucha, negro de mierda! ¡Te ordeno que te calles! *(El negro ahora se calla. Se levanta perezoso, elásticamente, mira con cierto desprecio al blanco y, abriendo su enorme boca, ríe con risa cascada y fría.)* ¿Le estáis oyendo? ¡Se ríe!

OTRO.— Hay que darle un escarmiento. ¡Un escarmiento ejemplar!

(El NEGRO los mira con desprecio. Se apoya contra la pared y vuelve a tocar.)

JINKS.— ¡Vete de aquí, Sam! ¡Van a lincharte como sigas provocándolos! No quiero jaleos en mi Oficina federal. *(Los demás blancos adoptan una actitud agresiva. El único que no se mueve es JACKIE. Sigue sentado y mira la escena con escepticismo, acaso con fastidio.)* ¡Vete! ¿No los conoces? ¡Te lincharán! ¡Y con razón! *(Sam no hace caso; sigue tocando. El casi venerable señor JINKS se muestra abrumado.)* Pero... ¿por qué diablos eres tan estúpido? ¿Para qué has venido?

NEGRO.— *(Dejando de tocar.)* Necesito trabajo. Tengo hambre.

JINKS.— ¡Toma, y todos!... *(Los otros avanzan un paso hacia el negro.)* ¡Lárgate!

NEGRO.— Necesito trabajo.

JINKS.— Eso no es motivo para que sigas aquí. Ya se te avisará. ¡Vete!

NEGRO.— *(Con dureza.)* Tengo hambre.

JINKS.— *(Corriendo al lado del NEGRO y tratando de empujarle fuera.)* Nadie pide ya saxofonistas. Los «cabarets» del barrio se arreglan con un piano. Ya se te avisará cuando...

NEGRO.— Quiero trabajo de lo que sea: de mecánico, de albañil, de cargador...

JINKS.— *(Pretendiendo resultar simpático.)* ¡Toma, y todos! ¡Qué tontería! ¡No te quedas corto pidiendo, no!... Anda, hombre, tú a lo tuyo... Vete por ahí a tocar ese chisme y no me organices líos... Te aseguro que tocas muy bien. Mejor que Henry Wells... Anda, anda... *(Le empuja. El NEGRO no se mueve.)*

NEGRO.— Soy mecánico, soy albañil, soy cargador... ¡Soy obrero, señor funcionario!

UNO.— ¡Obrero! ¿Lo habéis oído? ¿Cuándo se ha consentido en este país que un obrero toque el saxofón?

TODOS.— ¡Nunca!

UNO.— ¿Y vamos a consentirlo nosotros?

TODOS.— ¡No!

(Todos avanzan un paso más hacia SAM. El señor JINKS retrocede hasta la pared. Los blancos miran ferozmente al NEGRO.)

NEGRO.— *(Desafiando a todos con el gesto.)* Necesito trabajar.

JINKS.— No hay trabajo para nadie. *(Pasea muy nervioso.)*

NEGRO.— En ese caso... *(Risueño.)* Benditos sean los muertos, que no necesitan comer... ni trabajar. *(Más bajo.)* Benditos sean los muertos, que no necesitan tocar el saxofón... *(Se encoge elásticamente de hombros y, apoyado en la pared, vuelve a tocar el saxofón.)*

JINKS.— ¡No me armes jaleos, Sam! Van a liquidarte. ¡Míralos! ¡Vete! *(A una señal del que parece el cabecilla, los blancos se abalanzan sobre él.)* ¡Deprisa, chicos! ¡Liquidadle cuanto antes! ¡El Sargento O'Hara está al caer. *(Los compases del saxofón cesan, después de un desgarrado acorde final. Empieza a escucharse una música casi infernal, a cuyo ritmo los hombres blancos danzan una especie de danza macabra. Patadas y puñetazos de los epilépticos danzantes van a dar en el paradóji-*

co blanco del hombre negro, caído en el suelo, abrazado fuertemente a su saxofón. UNO levanta al NEGRO y lo arroja contra OTRO, que le recoge y repite el juego. Mientras, los demás golpean brutalmente a SAM. A medida que la música va siendo más rápida los golpes se hacen más frecuentes. En los últimos compases parecerá una sinfonía de patadas y puñetazos. Interviniendo, gesticulante, en un momento de la danza.)
 ¡Deprisa, chicos! ¡Duro! No hay tiempo que perder. El Sargento va a llegar. ¡No quiero jaleos!

(En la puerta aparece el corpulento y bondadoso SARGENTO O'Hara. Exactamente en el momento en que los otros están más enfrascados en la brutal paliza. El final está próximo. Han conseguido derribarle y todos pugnan por pisotearle rabiosamente.)

SARGENTO.— Buenos días, señor Jinks. *(Mira la escena. Se desentiende de ella.)* ¿Algo de particular?

(La música entra en un fúnebre andante. Se oye muy baja. Los linchadores se mueven suavemente. Están comprobando la muerte del NEGRO.)

JINKS.— ¡Pscht! Lo de siempre... Un negro que ha provocado a estos chicos...

SARGENTO.— *(Con naturalidad.)* Tocando el saxofón, claro...

JINKS.— *(Rotundo.)* ¡Tocándolo, Sargento!

SARGENTO.— ¡Estos negros!... *(Suspira.)* Nunca comprenderán que los queremos, que necesitamos enseñarlos... Son tan salvajes como sus abuelos. Nunca aprenderán el civismo... *(Confidencial.)* ¿Falta mucho?

JINKS.— Están terminando.

SARGENTO.— Bueno. Volveré pronto. Voy a dar una vuelta, señor Jinks. Si me necesita, llámeme. Estaré cerca.

(Sale y queda paseando por los alrededores con esa clásica y pesada lentitud de los pedantones representantes de la autoridad.)

La música se aviva. Los blancos están llegando a la apotheosis. SAM, en el suelo, se mueve como un pelele a cada envite de los blancos. Ya no respira; todos jadean y baeban como fieras. La música termina. Largo silencio. Sólo una lejana sirena parece entonar un «requiem» por el muerto.)

JINKS.— *(Entusiasmado.)* ¡Buen trabajo! ¡Os felicito! ¡Ni un grito! ¡Ni un quejido! ¡Bravo! *(Transición.)* Ahora sed buenecitos y sentaos otra vez. *(Coge el saxofón con mucho cuidado con dos dedos, como temiendo tocar la saliva del negro. Se va hacia la puerta, cruza el escenario y arroja el saxofón lejos por un lateral. Silba algo. Al volver llama al SARGENTO, que está por allí.)* ¡Scht! ¡Scht! Sargento... Sargento... Ya han terminado... *(El SARGENTO asiente. JINKS se sacude las manos en un gesto que recuerda a Poncio Pilatos. Entra en la Oficina.)*

UNO.— *(A JACKIE, señalando al NEGRO.)* ¿Tú no querías mancharte las manos?

JACKIE.— No.

UNO.— ¡Cobarde! ¿Te has creído que la patria la hacemos sólo unos pocos?

JACKIE.— ¿Qué estás diciendo?

UNO.— ¡Que tenías obligación de colaborar en este acto de afirmación racial!

JACKIE.— Ese hombre no me había hecho nada...

OTRO.— ¿Que no? ¡Ha tocado el saxofón!

JACKIE.— Los negros tocan muy bien el saxofón. Me gusta oírlos.

OTROS.— ¡Y a nosotros! Pero ¡esto ha sido una provocación!

UNO.— ¡La ley del Estado prohíbe las provocaciones!

(Entra de nuevo el SARGENTO O'Hara, que ha llegado parsimoniosamente hasta la puerta.)

SARGENTO.— Buenos días, señor Jinks... ¡Hoy me he retrasado más de la cuenta! Ya sabe... Anoche fui al cine con mi mujer y... *(Deja la frase en el aire. Mirando al NEGRO.)* ¿Algo de particular?

JINKS.— Nada, Sargento. Lo único que... Al abrir esta mañana la Oficina he encontrado a este hombre muerto. Estos muchachos son testigos... Entraron detrás de mí...

(Murmullo de afirmación de los cesantes.)

SARGENTO.— *(Acercándose al NEGRO.)* Un caso clarísimo. *(Sentenciando.)*
Suicidio. La bala ha entrado por la sien derecha. *(Tratando de indagar.)*
Naturalmente, no se habrá encontrado el arma.

JINKS.— Ni rastro, Sargento.

SARGENTO.— *(Indignado.)* ¡Claro! ¡Lo de siempre! Esta es la asquerosa venganza de los negros. Se suicidan y esconden el arma para volvernos locos... Pero van listos si creen que nos engañan. Tenemos mucho oficio...

JACKIE.— *(Sin levantarse.)* Sargento..., ¿es usted miope?

SARGENTO.— No, hijo. ¿Por qué?

JACKIE.— Usted estuvo aquí hace un rato, precisamente cuando...

SARGENTO.— ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¡Tú sueñas! ¿Pretendes acusarme de haber sido testigo de cómo se suicidaba?

JACKIE.— No; de cómo le linchaban.

SARGENTO.— *(Suave, pero feroz.)* Supongo que no querrás llevarte un disgusto... ¿Qué me estabas diciendo?...

JACKIE.— *(Como si no hubiera dicho nada.)* ¡Que siento un asco!...

SARGENTO.— ¿De qué?

JACKIE.— ¡Bah!...

SARGENTO.— *(Cogiéndole brutalmente por el cuello.)* ¡Contesta! *(Le suelta, dándole un empujón.)*

JACKIE.— Siento un asco por las mañanas... La bilis... Siempre que voy de juerga por las noches me ocurre eso. Bebo... Bailo... Como opíparamente, y luego... la resaca... *(Se sienta.)*

SARGENTO.— Ya... *(Se vuelve para decir algo al señor JINKS.)*

UNO.— ¡Cobarde!

JACKIE.— Sargento..., a ese hombre le han asesinado...

SARGENTO.— ¿Quién?

JACKIE.— ¡Éstos!

(Movimiento de todos hacia él. El SARGENTO los contiene con un gesto.)

SARGENTO.— *(Fingiéndolo sorpresa.)* ¿Sííí? ¿Es posible?

JACKIE.— Le han linchado, sí.

SARGENTO.— ¡No me digas!... *(Como tratando de adivinar.)* A ver..., a ver...
¿Para robarle?

JACKIE.— Para que no tocarse el saxofón.

JINKS.— ¡Mentira! ¡Le dice un funcionario federal que eso es mentira, Sargento!

SARGENTO.— Bien, bien... ¿Y dices que por el saxofón? ¿Linchamiento?

JACKIE.— Sí, lo digo.

SARGENTO.— *(Dándole unos golpecitos en el hombro.)* Vamos, vamos... Se ve que lees demasiadas novelas policíacas ¿Dónde has visto tú que esas historias ocurran de verdad?

JACKIE.— ¡Aquí! He sido testigo de cómo lo hacían. No soy miope.

UNO.— Chivato...

SARGENTO.— ¿Y tú no lo has impedido?

JACKIE.— ¡Sólo podía haberlo impedido usted!

SARGENTO.— ¿Ya empiezas otra vez?

JACKIE.— ¡Ni empiezo ni acabo! Pero no soy cobarde. Me gusta decir la verdad. ¿Es malo eso?

SARGENTO.— Según.

JACKIE.— ¿Es malo querer ayudar a la Ley?

SARGENTO.— Depende de qué Ley... Si la Ley es mala, no se la debe ayudar. Pero no podemos perder toda la mañana en criticar las leyes... Señor Jinks..., tengo que irme a hacer mi ronda y...

JACKIE.— ¡No se puede ir! Han linchado a un hombre. ¡Usted lo ha visto!... ¡Y si usted está ciego, lo he visto yo! ¡Sí, yo!

SARGENTO.— ¿Que tú has visto cómo le linchaban? ¿Y no sabes que la Ley obliga a los que están presentes a impedir los linchamientos?

JACKIE.— ¿También a los agentes?

SARGENTO.— ¡A todos! ¡A todos! ¡No me repliques! *(En el mismo tono protector de antes.)* ¿Sabes que tienes la misma pena que si le hubieras linchado con tus manos? ¿Sabes que lo mejor es no saber? *(Muy dulce.)* Vamos, hijo, prométeme no volver a leer novelas policíacas. ¿Lo prometes?

JACKIE.— *(Entre dientes.)* Sí...

SARGENTO.— *(Después de buscar por sus bolsillos algo que no encuentra.)* Señor Jinks..., le importaría prestarme su Biblia? *(El funcionario fede-*

ral se apresura a sacar su Biblia de un cajón y se la entrega al SARGENTO, el cual tiende el libro hacia JACKIE.) Pon tu mano encima. *(JACKIE lo hace.)* Y repite conmigo... Juro no volver a leer novelas policíacas; juro no presenciar linchamientos; juro marcharme cuando empiecen; juro no saber; juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. *(JACKIE repite el juramento como un eco. El SARGENTO ahora está muy simpático.)* Bueno, ya puedes estar tranquilo. Ya eres otra vez un ciudadano normal; estás limpio de pecado. Pero procura no descarriarte, muchacho... Tienes cara de buena persona. Sería una lástima tener que encerrarte.

(JACKIE, cabizbajo, vuelve a sentarse.)

JINKS.— *(Con un respiro de alivio.)* ¿Una tacita de té, Sargento?

SARGENTO.— *(Muy digno.)* El servicio es lo primero, señor Jinks. Podría decirse que el servicio es lo único que debe existir para un hombre que está de servicio. La satisfacción del deber cumplido es el mayor premio para un hombre cumplidor y civilizado, como yo, como usted... Tomar el té es una frivolidad, una grave falta en mi cargo; tomar el té es un placer al que no debe entregarse el hombre que se debe al Estado, a la Administración pública. No lo olvide, señor Jinks. ¡Además, el té es una porquería!

JINKS.— *(Haciendo un guiño al SARGENTO.)* ¡Yo lo tomo por el frío, Sargento! Y usted debe tomarlo. Es preferible tomar el té a coger una pulmonía.

SARGENTO.— *(Cambiano su expresión.)* Sí, sí; no obstante todo lo dicho, cuando el invierno es tan crudo como este que se avecina y el termómetro baja hasta el infierno, tomar el té es una necesidad humana. Con el calor se combate el frío. La guerra contra el frío también es un acto de servicio. Es la guerra del hombre contra la pulmonía. Venga ese té, señor Jinks.

(Los dos se dirigen hacia la mesa de JINKS. El funcionario, ante la hambrienta mirada de los demás, ha sacado una tetera del armario y sirve en dos tazas, sin calentar el cacharro previamente. Los dos beberán a sorbitos de cuando en cuando y en algún momento chasquearán

groseramente la lengua. Volverán a servirse cuando se les acabe lo de las tazas.

Coincidiendo con la perorata del SARGENTO, ha entrado por uno de los laterales LINDA. Una muchacha joven y bonita. Llama al hombre con sus andares. Llega hasta la puerta de la Oficina federal. Con ella va un petimetre, medio marica, medio «dandy», que se queda esperándola junto a un farol, fumando un cigarrillo.)

JINKS.— ¡No hay colocaciones para hombres! ¡No hay colocaciones para niños! ¡No hay colocaciones para mujeres! ¡Deja la ficha llena, jovencita, y lárgate! No, no la dejes. ¡No quiero mujeres en mi oficina!

JACKIE.— *(Al verla se ha levantado.)* ¡Linda!... ¿Qué haces aquí otra vez?

LINDA.— Vengo a buscarte.

JACKIE.— Te he dicho que tengo que quedarme aquí hasta que consiga un trabajo. Te he dicho que no vengas aquí a buscarme.

LINDA.— Tenía que venir...

JACKIE.— ¿Ocurre algo?

LINDA.— Siempre ocurre algo.

JACKIE.— *(Cogiéndola por el brazo.)* Vamos fuera...

(Salen y avanzan hasta el primer término. Los demás hombres la siguen y quedan parados en la puerta.)

UNO.— ¡Eh! Te estamos esperando, cobarde. No vayas a volar con la paloma. Tenemos que ajustar unas cuentas.

LINDA.— Te esperas, cara de mulo. Antes tengo yo que arreglar otra.

UNO.— No intentes escapar. No lo conseguirás. *(Hace una seña a los otros, que inmediatamente se distribuyen por la escena de forma que harán imposible cualquier intento de escapatoria.)*

JINKS.— Le van a linchar...

SARGENTO.— No creo... *(Se asoman a la puerta. Llevan las tazas en la mano.)*

JACKIE.— ¿Queréis dejarme en paz? Cuando acabe con ella, nos veremos las caras.

UNO.— Procura darte prisa, muñeca...

LINDA.— Jackie, no puedo más... ¿Por qué no vas a casa? ¿Por qué no quieres que venga aquí a buscarte?

JACKIE.— Tengo que estar siempre aquí. ¡Hasta que salga algo!

LINDA.— La eterna canción... Somos novios desde que íbamos a la escuela; somos novios desde que tiraron la bomba al Presidente; somos novios desde que el mundo es mundo... No puedo seguir siendo novia toda la vida... ¡Necesito tenerte, compréndelo!

JACKIE.— Tenerme, ¿cómo?

LINDA.— Como una mujer, Jackie.

JACKIE.— No puede ser, Linda, por ahora... Llevo sin trabajar más de un año...

(A medida que avanzan en su diálogo van bajando la voz, haciéndola más confidencial y más tensa a la vez.)

LINDA.— ¿Y qué? Todos los hombres llevan sin trabajar un año.

JACKIE.— Tendremos que esperar... Tal vez hoy sea mi día. He soñado...

LINDA.— ¿Qué?

JACKIE.— A lo mejor, no era un sueño... No sé.

LINDA.— *(Implorante.)* ¡Jackie!

JACKIE.— Tendremos que esperar. No hay más remedio.

LINDA.— No puedo esperar más. Me duelen los ijares de esperarte. Necesito que vayas a casa. Necesito que..., que...

JACKIE.— Compréndelo... Tendrás que esperar... ¡Estoy cesante!

LINDA.— ¡Todos los hombres de la ciudad están cesantes! ¡Y eso qué importa! Siguen haciendo el amor con sus mujeres, con sus novias, con sus amigas, con sus parientas. Todo el mundo hace el amor. ¡El mundo es del amor, Jackie!

JACKIE.— Pero el trabajo...

LINDA.— ¡También es del amor!

JACKIE.— Y el hambre...

LINDA.— ...¡También!

JACKIE.— ¡Para hacer el amor hay que comer, Linda!

LINDA.— ¡Se come uno el cinturón con salsa de tomate, si es preciso! Lo importante es el amor. No quedarse hecha ascuas cada noche en la soledad de la alcoba. Tener un hombre que te haga sentir el peso de la humanidad, Jackie. ¡Es lo único! ¡El hombre! ¡La mujer! *(Más bajo.)* Los hijos...

JACKIE.— (*Sombrío.*) El hombre... La mujer... El cinturón con salsa de tomate... Los hijos... (*Rotundo.*) ¡También nos los comeríamos!

JINKS.— (*Que sigue atento el diálogo desde la puerta, mientras los demás hombres rodean la escena como espectros inmóviles. Con la lengua pesada.*) ¡No consiento canibalismo en mi oficina! ¡Lárgate a tu casa! (*Al SARGENTO.*) Las mujeres hacen caníbales a los hombres. (*Encontrando alguna misteriosa relación.*) ¡África!... ¡Los negros! ¡Caníbales, claro! ¡Eso es! Todos los negros son caníbales. Todos los caníbales son negros. ¡Tú eres negro, muchacho! (*Las inmóviles sombras se animan y avanzan un paso hacia JACKIE. Quedan de nuevo inmóviles.*)

JACKIE.— ¡Mentira! ¡Soy blanco! ¡Más blanco que la luna!

SARGENTO.— ¡Silencio! ¡Eso lo vamos a ver! (*Va hacia la mesa donde dejó la Biblia, deja su taza y recoge el libro. Sale y llega hasta donde está JACKIE.*) Jura que eres blanco. (*Al SARGENTO también le pesa la lengua. Tiende la Biblia a JACKIE.*) Repite conmigo... Juro por Dios ser blanco, absolutamente blanco y nada más que blanco. (*JACKIE, de mala gana, repite el juramento.*)

JINKS.— (*Acercándose y mirándole con atención.*) ¿Y por qué tienes ricitos en el pelo?

JACKIE.— (*Incómodo.*) Hay muchos blancos así. Mi madre tenía un hermoso pelo. Un pelo con bucles de oro. ¡Juro por Dios que soy rizado natural! Pero fíjese bien: es rubio. Completamente rubio. ¡Como el oro!

JINKS.— ¡Fíjese bien, Sargento! ¡Rizado! ¡Rizadísimo!

SARGENTO.— ¡Sí; muy rizado, mucho!

JACKIE.— ¡Mi madre tenía el pelo de oro y rizado!

JINKS.— ¿Sí? ¿Y qué explicación puedes darnos de esos labios tan gordos? ¡Sargento, mire qué labios tiene!

SARGENTO.— Gordos, muy gordos, sí.

JINKS.— ¡Fíjese bien en el de abajo!

SARGENTO.— ¡Gordísimo! (*El SARGENTO se acerca y le examina con detenimiento.*) ¿Por qué es gordísimo el de abajo, muchacho? ¡Contesta!

JACKIE.— (*Abrumado.*) ¡Falta de vitaminas! En mi casa comíamos mal. Éramos pobres como ratas.

JINKS.— ¡Mentiras! ¡Subterfugios! ¡Negro!

JACKIE.— ¡Que no! ¡Que no soy negro!

SARGENTO.— (*Triunfante.*) Entonces ¿por qué pensabas tener hijos para luego comértelos?

JACKIE.— ¡Si yo no quiero comerme a mis hijos! ¡Ni a los hijos de nadie! Pero me los tendría que comer... (*Mirada de inteligencia entre el funcionario y el SARGENTO.*) ¡Es el hambre! ¡Es el paro! ¡Son los anuncios luminosos! ¡No quiero tener hijos! Tendría que quererlos. ¡Ya los quiero! Pero ¡tendría que comérmelos! Comer o no comer... ¡Esa es la cuestión! Pero no quiero dilemas. Quien quita la ocasión, quita el peligro. ¡No quiero comer! Pero no quiero tener hambre. ¿Quién inventó la comida? ¿Quién inventó el hambre? ¿Y el hambre? ¿Me lo pueden decir? ¡Nadie sabe nada! Pero los hijos llegan. Y uno, que los esperaba entusiasmado, los besa y los cuida... Hasta que llega el hambre. ¡Y se los come uno! ¿Qué otra cosa se puede hacer? ¡Se mata el hambre y se les evita a ellos pasarla!

LINDA.— ¡Ahora lo entiendo todo, canalla! ¡Ya sé por qué no querías casarte! ¡Eres negro! ¡Te tiñes! ¡Te das polvos! Pero ¡lo que has conseguido disimular delante de la gente, en la intimidad será algo horrible! ¡Sí, tienes el sexo negro! ¡Como el carbón! ¡Como el pecado!

JACKIE.— ¿Qué estás diciendo, Linda?

LINDA.— ¡Que eres negro!

JACKIE.— ¡Mentira!

LINDA.— ¡Negro, sí!

(Los hombres se mueven ligeramente, haciendo ademán de acercarse a JACKIE, pero permanecen casi en el mismo sitio.)

JACKIE.— ¡Te juro que soy blanco como la leche, como el mar, como el día, como..., como... el algodón!

JINKS.— ¡Algodón! ¡Ahí está la clave, Sargento! ¡En el algodón!

SARGENTO.— ¡Negro! ¡Ya no hay duda! ¡Eres Negro! ¡Hasta tu novia lo dice! Sólo un negro es capaz de decir blanco y acordarse del algodón... Algodón... Plantaciones... ¡La cabaña del tío Tom! ¡Perjuro! ¡La ley no puede perdonarte más, muchacho! ¡Has jurado en falso!

LINDA.— ¡Bien hecho! ¡Cuélguenlo de la horca más alta! ¡De una horca levantada encima de la estatua de las libertades humanas! ¡Para escar-

miento! ¡Con el sexo marcado! Para que no vuelva a engañar a muchachas inocentes como yo. *(Se pasa una mano por la boca con repugnancia.)* ¡Qué asco! ¡Haber besado a un negro!...

JACKIE.— Los negros huelen... ¡Yo no huelo! ¡No, Linda!

LINDA.— ¡Apesta! *(Rompe a reír enérgicamente.)* ¡Negro!... ¡Te maldigo, Jackie!... ¡Jackie el negro! *(Alzando la vista al cielo.)* Señor, ¿por qué hay negros? ¿Por qué? *(A JACKIE.)* No te rías. No pienses que has deshecho mi vida. ¿Ves ese hombre? *(JACKIE, con una mueca, asiente.)* Es Jimmy, el Secretario de la Alcaldía. Me sigue de día y de noche como un perro. ¡Me acosa! Está siempre pendiente de mí. ¡Y es un caballero! Tiene trabajo, tiene automóvil, es cuáquero y habla el inglés muy bien. ¡Me casaré con él! ¡Él es un blanco como yo! ¡Voy a casarme con él! ¡No se comerá a nuestros hijos! *(Jimmy ha avanzado hacia ella.)* Sí, Jimmy, ven... *(Él se acerca y se abrazan.)* Vámonos lejos de aquí... ¡Muy lejos! ¡Donde pueda olvidar que he amado a un repugnante negro! *(Hace ademán de irse.)*

JACKIE.— *(Interponiéndose, a gritos.)* ¡Es mentira, Linda! ¡Espera! ¡Tenemos que hablar! ¡Todo son sospechas! ¡Historias! ¡Mentiras! ¡Te lo juro!

(LINDA consigue escapar del acoso. El petimetre «dandy» y mariquita la sigue. El SARGENTO coge a JACKIE por un brazo para impedirle irse detrás de ella.)

SARGENTO.— Ya has jurado bastante esta mañana. ¡Se acabó!

(El SARGENTO saca unas esposas. Cuando va a ponerse-las:)

UNO.— Sargento, déjele de nuestra cuenta... *(Se acercan amenazadores.)* ¿De manera que tú también eres negro? ¿Y por eso no te has metido en la juerga de antes? Chicos, vamos a enseñarle que con los hombres blancos no se juega... *(Le rodean. Él intenta salir por el lateral. El SARGENTO le tiene sujeto por el brazo.)*

JACKIE.— *(Gritando hacia donde se marchó LINDA.)* ¡No te vayas, Linda! ¡Nos casaremos! ¡Mi sexo es blanco! Mis padres eran blancos. Y mis abuelos. Como las margaritas, como la luna, con los oros del bucle...

¡Linda! ¡Linda! ¡El mundo es una mierda! ¡No quiero comerme a mis hijos! ¡No quiero comerme el cinturón! ¡No quiero! ¡Linda! ¡Linda !

(Todos le han rodeado. El SARGENTO le suelta.)

SARGENTO.— Un momento. Esperad a que me vaya. *(Al funcionario JINKS.)* Señor Jinks, es mi hora. Tengo que hacer la ronda por el distrito. Hasta luego. *(Sale de escena.)*

(Los demás acosan a JACKIE, que retrocede. De espalda, sube los dos escalones que llevan a la oficina. Queda en la puerta. Los demás le siguen. Forman un compacto grupo a su alrededor. Uno de ellos le golpea, haciéndole caer dentro de la oficina. Todos vuelven a rodearle. Se empieza a escuchar la misma melodía de antes. A juzgar por la extraña y ya conocida danza que inician los linchadores, nos encontramos de nuevo ante un linchamiento.)

JINKS.— ¡Deprisa! ¡No quiero jaleos en mi Oficina federal! *(Durante unos momentos continúa la danza. Golpean brutalmente a JACKIE. La única variante es que ahora, cada vez que JACKIE recibe un golpe, exclama, con voz ahogada, palabras como «¡Trabajo!» «¡LINDA!» «¡Hijos!» «¡Cinturón!», etcétera. Todas, palabras que ha pronunciado en el diálogo anterior.)* ¡El Sargento O'Hara está al llegar! ¡Duro con él! *(Han conseguido derribarle. Ahora JACKIE sólo murmura, gime casi, el nombre de LINDA. Está a punto de perder la consciencia. La música suena lenta. Los hombres giran a su alrededor, tirándole patadas a la cabeza. Por un lateral aparece el JEFE, seguido por un pistolero. Los dos visten como dos perfectos «gangsters». El JEFE luce en la solapa un clavel blanco. El guardaespaldas, uno rojo. Los dos visten trajes bien cortados, sombreros de vueltas de seda y botines. Entre los dientes, un habano. El JEFE lleva un bastoncito. El otro, una metralleta. Los dos cruzan la escena con decisión. Entran en la oficina. Bordean el grupo de hombres y se acercan a la mesa, detrás de la cual se ha colocado el señor JINKS. Al verlos entrar:)* ¡No hay empleos! ¡Lárguense! ¡No se admiten

solicitudes! La oficina va a ser cerrada. ¡Están liquidando a un negro!
¡Vamos a cerrar por doble defunción! ¡Fuera!

JEFE.— Vengo a ofrecer trabajo. ¡Bien pagado! *(Los que estaban apaleando a JACKIE se detienen al oír la palabra «trabajo». La música cesa. JACKIE, caído, con la cabeza entre las manos, parece ser el único que no oye nada.)* Pienso pagar un sueldo de los que no se pagan muchos por ahí. Vacaciones anuales y seguro de vida. *(Sonriente.)* ¿Qué os parecen dos mil... a la semana? *(Algunos silban. Todos se abalanzan hacia la mesa del funcionario, pretendiendo conseguir el empleo. Pelean entre sí. Gran jaleo. No se entiende nada de lo que dicen. Por encima del barullo se alza la voz desagradable del funcionario.)*

JINKS.— ¡Quietos! ¡Calma! ¡Habrá trabajo para todos! *(El jaleo continúa. Va en aumento. Vuelve a alzarse la voz del funcionario.)* ¡Sargento! ¡Sargento O'Hara! ¡Sargento O'Hara!

(El SARGENTO O'HARA aparece, corriendo, por un lateral. Mientras, los demás siguen pugnando por conseguir el empleo ofrecido. Dos de ellos se están pegando. Los otros acosan a JINKS aún.)

SARGENTO.— *(Irrumpiendo en el despacho porra en ristre.)* ¡Orden! ¡Orden!
(Reparte unos porrazos. Todos retroceden. Un silencio. El señor JINKS se arregla la corbata.)

JINKS.— ¡Gracias, Sargento! *(Al JEFE.)* ¿De qué trabajo se trata?

JEFE.— *(Entregándole con frialdad una tarjeta.)* Me han matado seis hombres. Un lamentable accidente. Y no puedo tener la plantilla coja...

JINKS.— *(Leyendo.)* «Jim Patterson, alias «el Jefe». «Gangster». Fabricación clandestina de bebidas. Protección de «cabarets» y comercios en general. Cerveza. «Whisky». Coñac. Importación de pistolas y drogas. Máquinas trapaperras. Calle Setenta y Cinco.»

(Largo silencio.)

JEFE.— ¿Qué? ¿Os interesa?

UNO.— ¡Una banda de «gangsters»! *(Al JEFE.)* ¿Por quién nos has tomado?
¡Somos trabajadores, pero honrados! Tenemos hambre, pero no esta-

mos dispuestos a colocarnos al margen de la Ley. Nuestro Sindicato ha prometido arreglar lo del paro. ¡La Constitución nos apoya! ¡No queremos traicionar a la Constitución, que nos ha hecho libres como delfines! ¡Métete tu empleo entre las nalgas, asesino! ¡«Gangster»! ¡Lárgate, si no quieres que te linchemos! ¡Nosotros somos ciudadanos honrados! (*Escupe con desprecio. Los demás también escupen.*) Muchachos, ¿estáis dispuestos a consentir esto? (*Todos niegan.*) ¡Entonemos nuestro himno sindical de libertad!

(Todos se ponen rígidos. Se destocan con la mano derecha y apoyan sus gorras al lado del corazón.)

TODOS.— (*Cantan.*)

Somos palomas mensajeras de la paz.
 Libélulas de la Constitución de este país.
 A la sombra de nuestra libertad
 cantamos felices y alegres de vivir.
 Los hombres malos y asesinos
 no tienen sitio entre nosotros.
 El Sindicato y el Cielo han querido
 que hayamos nacido en esta tierra acogedora,
 que nos da el pan, la paz y la seguridad.
 Patria, patria querida,
 los obreros sindicados te defenderemos.
 Tú eres la madre de nuestros abuelos.
 Tú nos protegerás hasta la muerte.
 Tú darás a nuestros hijos pan y civismo.
 ¡Viva, viva, viva la libertad!

SARGENTO.— (*Que ha saludado militarmente.*) ¡Viva la Constitución!

TODOS.— ¡Viva!

JEFE.— Bueno. No insisto. Si a alguno le interesa... Ya sabéis la dirección.

Son dos mil a la semana. ¡Hasta la vista! (*Hace ademán de salir.*)

SARGENTO.— ¡Quieto! ¡Quedas detenido!

JEFE.— ¿Qué dice, Sargento? ¿Detenido? ¡Válgame el cielo! ¿Por qué?

SARGENTO.— ¡Por «gangster»!

JEFE.— ¡Nadie puede ser detenido en este país sin pruebas!

SARGENTO.— ¡Las tenemos!

JEFE.— ¡No tienen ninguna prueba!

SARGENTO.— Esta tarjetita...

JEFE.— Seguramente ha sido mandada imprimir por algún enemigo mío, Sargento. Tengo muchos. En cuanto se triunfa, ya se sabe. ¡La vida es un asco! Envidias, zancadillas... ¡Puaf!

SARGENTO.— La imprenta será una pista segura. ¡No tienes escapatoria!

JEFE.— ¿La imprenta? Le aseguro que es mejor no investigar. A lo mejor las han hecho en la imprenta federal. Se puede armar un buen lío. Yo no soy partidario de remover las cosas.

SARGENTO.— ¡Tenemos las huellas! ¡Aquí! *(Blande triunfalmente la tarjeta.)*

JEFE.— ¿Qué huellas? ¿Las de usted y las del funcionario? No sé para qué pueden servirle. Allá usted. Yo siempre llevo guantes. Cuestión de higiene. ¡Desengáñese, Sargento, no hay pruebas!

SARGENTO.— *(Por el guardaespaldas.)* ¡Este hombre está armado!

JEFE.— Tiene su licencia federal de uso de armas en regla. Bill, enséñasela al Sargento...

SARGENTO.— *(Congestionado.)* ¡Estos hombres son testigos!...

JEFE.— Quieto, Bill, no te pongas nervioso. Cuando se pone nervioso aprieta el gatillo. Desde pequeñito es así. *(Angelical.)* ¿De qué sois testigos, ricos?

(El que más y el que menos se desentiende con un gesto. JACKIE, durante esta escena, ha ido recobrando la conciencia y ahora mira atónito la escena. Aún está en el suelo. Mientras habla el JEFE él se levantará.)

ALGUNOS.— ¡No, no, no! ¡No sabemos nada! ¡No hemos visto nada!

JEFE.— ¿Lo ve, Sargento? ¡Me parece que usted lee demasiadas novelas policíacas!

JACKIE.— *(Avanzando un paso lentamente. Al principio hablará como si le costara trabajo. Luego, poco a poco, con mas firmeza hasta terminar dominando a todos con su voz.)* ¡Sí, eso es, Sargento!... Usted lee demasiadas novelas policíacas... Usted cree que yo leo novelas policíacas... Pero no las leo, no. *(Coge la Biblia.)* Esto sí lo he leído. La Biblia

es un buen libro, ¿verdad, señor Jinks? (*JINKS, turbado, hace gestos confusos.*) También he leído otros libros... Libros muy bonitos, que tratan de los hombres... De hoy y de otros tiempos... Los hombres somos un jaleo... No se debe leer tanto... Las novelas policíacas es lo único... Tengo que leer alguna... Dicen que son de buenos y malos. ¡Malos! (*Ríe.*) ¡Vamos, Sargento, ponga la mano encima! Y repita conmigo: Juro por Dios no leer novelas policíacas... (*Mientras el SARGENTO repite el juramento, forzado por la metralleta de Bill, que tiene pegada a los riñones, JACKIE ríe estrepitosamente.*) Leer es un disparate, Sargento. Se lo aseguro. Se le empiezan a formar a uno unas ideas muy raras... (*Va al teléfono. Lo descuelga.*) Con la Comisaría del distrito. (*Espera.*) Oiga, le hablo desde la Oficina federal de paro. Unos hombres han linchado a un negro delante del Sargento de servicio y del funcionario federal. Dicen que es un suicidio, pero es mentira... Yo... Yo soy... (*Ríe.*) Jackie. Ponga en la denuncia Jackie el Negro. (*Con voz grave.*) El «gangster» más joven del censo. (*Cuelga. Al JEFE.*) Supongo que no tendrás inconveniente en admitirme. Tu banda es como todo, ¿no? Habrá que hacer trabajos sucios para poder vivir... Prefiero cobrar dos mil a la semana. Me gusta mi pellejo. Lo defenderé contra todos. Como sea. ¿Me admites?

JEFE.— Claro.

JACKIE.— Linda quería un hombre rico. (*Sonríe.*) ¡Seré rico! Si es muy fácil, ¿verdad? (*El JEFE asiente.*) Lo difícil es ser blanco y amar a los negros. Lo difícil es tener un corazón aquí dentro que late y que te impone respeto a los demás. (*Ríe.*) ¿Qué esperamos, Jefe? ¿Vamos? (*A los Otros.*) ¡Adiós, honrados cesantes blancos!... ¡Adiós, ciudadano funcionario!... ¡Adiós, Sargento! ¡Que Dios os bendiga! (*Los tres se alejan casi marcando el paso. Un silencio impresionante. El SARGENTO trata de sacar su pistola. Bill se vuelve y le amenaza con su metralleta. El SARGENTO queda como paralizado. Los tres hombres han salido de escena. Fuera se oye la voz de JACKIE que grita:*) Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... (*Ríe estrepitosamente. Su risa se aleja hasta perderse.*)

SARGENTO.— (*Encarándose con los demás.*) ¡Imbéciles! ¿Por qué no le habéis linchado?

UNO.— Las cosas se han torcido, Sargento...

SARGENTO.— ¡Silencio! Cuando llegue el Teniente, nadie sabe nada. Ha sido un suicidio, ¿entendido? (*Todos asienten.*) Déme un poco de té, señor Jinks. Estas cosas me enferman. (*Mira al negro y menea la cabeza.*) ¡Tenemos que luchar contra la miseria humana y contra el vicio! ¡Contra la incultura y el crimen! ¡Contra el suicidio y la mala vida! Pero a veces nuestro corazón de hombres nos puede, se lo aseguro. (*Bebe la taza que le ofrece el funcionario y chasquea la lengua. Bebe también JINKS.*) Señor Jinks, deje ese té. Y cuando llegue el Teniente procure estar calladito. Recuerde la última vez...

JINKS.— (*Antes de guardar la tetera.*) Descuide. ¿Quiere otra tacita?

SARGENTO.— Bueno. (*Le sirve.*)

JINKS.— ¿Puedo yo...?

SARGENTO.— Ande, pero sólo una. (*Beben. A los otros, que permanecen en silencio.*) Así me gusta, muchachos. Formalidad y honradez. Sólo siendo honrado se puede dormir tranquilo. Bendito sea vuestro sueño. ¡Viva la Ley Seca! (*Bebe otra tacita.*) ¡Señor Jinks! ¡Aquí hay un suicida! ¡Aunque sea negro, merece un respeto! Debemos cerrar la oficina hasta que se lleven el cadáver. ¡Muchachos, se cierra la oficina! Es una orden del Sargento del distrito. ¡Fuera! ¡Se va a cerrar! ¡Cierre de una vez, demonio, señor Jinks! (*Los otros van saliendo. JINKS hace como si cerrara la puerta. Se oye la melodía que interpretaba el negro al saxofón.*) ¡Vamos, señor Jinks, sirva otra tacita! (*Bebe.*) ¡Maldita sea la Ley Seca! (*Pensativo.*) ¿Cómo era esa canción? (*Los dos tratan de recordarla, sin gran resultado.*) La Constitución vuela como las libélulas...

JINKS.— No, no... Las palomas cantan alegres y felices...

SARGENTO.— ¡Eso! ¡Porque la Constitución está encima de la libertad de las palomas!...

JINKS.— ¡De las libélulas!

SARGENTO.— ¡Qué más dará!

(El solo de saxofón se oye más lejano. Va fundiéndose con el lejano rumor de una sirena policiaca que se acerca.)

JINKS.— Los sindicatos cantan felices porque hay libertad en esta tierra acogedora... (*Bebe.*)

SARGENTO.— ¡Idioteces!... *(Ríe.)*

JINKS.— ¡Escuche! ¡Es la sirena!

SARGENTO.— ¡El Teniente! Señor Jinks, guarde ese «whisky».

(JINKS guarda la tetera en el armario.)

JINKS.— *(Muy formal.)* Ha sido tremendo, Sargento. Yo me pregunto: ¿por qué se suicidarán los hombres?

SARGENTO.— Para darnos trabajo. *(Los dos hablan como auténticos borrachos.)* Pero ¡se equivocan si creen que nos engañan! ¡Los conocemos bien! ¡Son unos inmorales! Y... odiamos el suicidio, pero compadece-mos al suicida. *(Se santigua. Empieza a rezar a media voz:)* Señor, perdona a este hombre, aunque sea negro, y acógelo en tu misericordioso seno...

JINKS.— *(Repitiendo.)* ...dona a este hombre y acógelo en tu misericordioso seno...

(La sirena está muy cerca.)

(JACKIE aparece por un lateral, vestido como el JEFE, con un puro en los labios y con un bastón en la mano.)

JACKIE.— ¡Había soñado con toros! Fue un gran día. *(Ríe estrepitosamente.)*

(Rápidamente cae el telón.)